

10. La experiencia del *Magnificat*

En el motete de Giovanni Pierluigi da Palestrina, tras la gran y fundamental —o más bien constitutiva— insistencia en la palabra “*desiderat*”, llega un momento en el que, mientras los bajos siguen cantando y repitiendo por última vez “*desiderat*”, la palabra “*anima*”, el sujeto del deseo, anunciada por la comparación con el ciervo sediento, se ve catapultada hacia las notas más agudas de los sopranos, y se canta con notas largas, en particular las dos “a”. Es como si, al llegar a la meta, el alma se expandiera, saboreara toda la altura y la inmensidad de su naturaleza, de su capacidad de plenitud. Pero enseguida, el “*mea*” desciende y se prolonga, como si el alma se sorprendiera de haber llegado tan alto y se dijera: “¿Acaso yo, precisamente mi alma, soy capaz de esto, de elevarme tan alto gracias a mi deseo?”.

Sin duda, en ese momento Giovanni Pierluigi da Palestrina pensó en el *Magnificat*, es decir, en el alma de la Virgen María que, al tomar conciencia de lo que le estaba sucediendo, del acontecimiento que la envolvía y la elevaba desde lo más profundo de su humildad de sierva, alcanza una relación increíble con el Misterio, con Dios, con la presencia de Dios. El alma de María se descubre capaz de magnificar al Señor, literalmente de “engrandecer” al Señor, de expandirse ante el Dios al que siempre ha deseado, al que siempre ha anhelado, como la cierva sedienta desea beber de la fuente de su vida, de su alegría, de su naturaleza sedienta de infinito. El abismo de la miseria humana se hace capaz de expandirse hasta la medida sin medida de la grandeza de Dios.

San Benito tiene una frase muy hermosa en el Prólogo de la Regla en la que alude al *Magnificat* de María, que surge en el corazón de aquellos que, precisamente gracias al temor de Dios, reconocen en sí mismos la obra misericordiosa de un Dios presente: “*Timentes Dominum (...) operantem in se Dominum magnificant* — Aquellos que temen al Señor (...) magnifican al Señor que obra en ellos” (Prólogo 29-30).

En el “*Sicut cervus*” de Palestrina, es como si el alma —es decir, el corazón humano— descubriera su plenitud en el mero hecho de desear la presencia de Aquel que la crea. Justo cuando los sopranos ya están saboreando y prolongando la plenitud de la conciencia que el alma tiene de sí misma, de su grandeza, de la expansión de sí misma al glorificar al Señor; los bajos, exactamente debajo en la partitura, siguen cantando, repitiéndolo dos veces: “*desiderat, desiderat*”.

El corazón humano está hecho de tal manera que, cuando toma conciencia y experimenta que ha sido creado para desear a Dios, surge una coincidencia entre el deseo y la plenitud, entre la carencia y la plenitud, una coincidencia entre el abismo del hombre y el abismo de Dios. El corazón descubre que basta con desear a Dios para poseerlo, para conocerlo por experiencia, porque el deseo ya es todo espacio para Él, es todo espacio que Él ha creado en nosotros para Él, y solo para Él.

El sentimiento de la falta de Dios que sentimos es en nosotros el espacio todo de Dios, todo para Él, que nada ni nadie logra ocupar si Él no viene, si Él no está aquí. El deseo que hay en nosotros es como la huella de lo eterno en nuestra finitud.

El deseo consciente de realizarse únicamente en presencia de Dios es la plenitud del hombre, una plenitud de gracia que la venida de Jesucristo, la encarnación del Verbo, cumple plenamente. El *VOLO TECUM* ya es *PARADISUS* porque Jesús ya está aquí y anhela la comunión con nosotros, atrayéndonos en silencio. Por eso, todo lo humano, que repite continuamente “*sicut cervus desiderat, desiderat, desiderat... ad fontes aquarum*”, al tomar conciencia de sí mismo, de este deseo que anima todo — todas las relaciones, todas las acciones, todos los pensamientos, todas las palabras, todos los sentimientos, todo lo humano—, si se le toma en serio en esto, si se le cuida en esto, se convierte en el espacio en el que el alma experimenta con gratitud — porque es gracia, porque es gratuita— la plenitud, la grandeza infinita de sí misma, es decir, el paraíso.

Pero, ¿qué es, cómo es ese cumplimiento?

Es el tercer aspecto que me llama la atención, tal y como se expresa en el motete de Giovanni Pierluigi da Palestrina. ¡El cumplimiento es un “TÚ”, el “TÚ” de Dios! El alma se encuentra en lo alto, embargada por el asombro de ver cómo se cumple su deseo punzante, sediento, que, si no se satisface, hace que el alma muera, muera de sed. Y allá arriba, en esa profundidad, culmen de la experiencia humana, de la experiencia que podemos definir como “mística”, porque es la experiencia del misterio del hombre en el misterio de Dios, allá arriba es como si el alma se detuviera, se detuviera en un reposo. Primero repite dos veces: “*ad te Deus*”, como si se detuviera primero al descubrirse a sí misma como “ser hecha para Dios”, “ser hecha *ad te Deus*, hecha orientada hacia Dios”. Como si el alma dijera: “No sabía que estaba hecha para Ti, que todo mi deseo, mi afán, mi ansiedad y mi miedo a morir de sed eran símbolo de mi ser hecho *ad Te*, para Ti, hacia Ti, por Ti. Pensaba que era un defecto, una carencia, una disminución de mi ser, una miseria de mi naturaleza, y he aquí: ¡todo era *ad Te, Deus*, para Ti, oh Dios!”.

Cuántas inquietudes hemos sentido y sufrido, por ejemplo en la adolescencia, que nos parecían un defecto, mientras que a nuestro alrededor todos parecían estar bien, sentirse a gusto en la vida, y nosotros nos sentíamos como el patito feo. Hay sufrimientos y heridas en nuestra vida, desde nuestra infancia, con los que un buen día nos sentimos reconciliados, que incluso bendecimos, porque descubrimos que eran y son *ad Te, Deus*, para Ti, ¡oh Dios!

Los sopranos, cuando las demás voces aún los siguen repitiendo y modulando “*ita anima mea ad te Deus*”, se detienen para mantener hasta el final, durante cuatro compases, la “u” de “*Deus*” en la misma nota, como si ya no quisieran dejar de saborear y contemplar a Dios como fin y plenitud del deseo de la vida.

Pero también podemos pensar que las sopranos prolongan la nota para esperar a que todas las demás voces lleguen, en los dos últimos compases, a detenerse en la misma vocal, para formar juntas, en el último compás, un acorde armonioso, saboreando la paz común de realizarnos en el “TÚ” de Dios, hacia quien todos

estamos destinados, y que nos ha esperado a través de todas las modulaciones de nuestras diferencias, de todos nuestros ritmos y alturas distintos, a través de todas nuestras subidas y bajadas y las de los demás, a través de nuestros conflictos durante el camino que, a pesar de todo esto, o gracias a todo esto, hemos recorrido juntos.

El descanso del alma en Dios, en ese “TÚ” que ha saciado su sed, lo descubrimos como algo compartido, unificador, fuente de comunión. Allí donde el alma de cada uno se sacia en su Fuente original, cada uno encuentra a los demás, a todos los demás, en la belleza y la armonía de una comunión, de una fraternidad, de un ser hechos los unos para los otros, que es gracia, que es don de Aquel que nos hace para Él. Es un descanso en Dios y un descanso entre nosotros; una reconciliación con Dios y una reconciliación entre nosotros. Descubrimos que la comunión con Dios coincide con la comunión entre nosotros, y también esto es belleza, también esto suscita asombro, ensancha el alma. El alma abraza al Padre y se encuentra abrazando al hermano, a la hermana, que tal vez nos resultaba indiferente o incluso enemigo. Estar con Jesús es verdaderamente el paraíso, pero un paraíso de comunión fraterna.